

Bx 1754  
E3  
v. 2



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

---

# HISTORIA DE LA FAMILIA

EN LOS DIFERENTES PUEBLOS ANTIGUOS Y MODERNOS.

---

## TERCERA PARTE.

HISTORIA DE LA FAMILIA EN LOS PUEBLOS MODERNOS QUE NO HAN  
RECIBIDO AUN LA LUZ DEL EVANGELIO.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

*Historia de la Familia en América.—América septentrional.*

Es al sol, y solo al sol, á quien nuestro globo debe la luz. ¿Que-  
reis probar esta verdad con un rigor matemático? Mostrad que  
antes del nacimiento del astro bienhechor la tierra yace en tinie-  
blas; que está inundada en una claridad deslumbradora cuando  
el rey del dia llega al mediodía; que la luz mengua á medida que  
él va inclinándose al ocaso, que despues de haberse puesto, la  
tierra es envuelta de nuevo en las tinieblas de la noche. Esta de-  
mostracion en favor del sol que alumbrá el mundo físico, no exige  
cálculo alguno. Trescientas sesenta y cinco veces al año se veri-  
fica á nuestra vista un hecho perentorio, y la lengua de todos los  
pueblos civilizados y bárbaros proclama al sol rey de la luz, as-  
tro del dia, principio de fecundidad y vida.

Para probar que el Cristianismo es el verdadero y único sol del  
mundo moral, y de la sociedad doméstica en particular, ¿qué de-

bemos hacer? Mostrar que antes de la predicacion del Evangelio la familia gemia bajo el humillante yugo del sensualismo; que todos sus caracteres de unidad, de indisolubilidad, y de santidad, eran desconocidos; que después de la predicacion del Evangelio, la familia halla sus santas leyes, y se eleva á una perfeccion tanto mayor, cuanto mas profundamente la penetra el espíritu cristiano; que se degrada de nuevo, cuando el Cristianismo pierde su influencia sobre de ella; que perece, si él la abandona del todo. Esta prueba la hemos principiado ya; ó mejor, este hecho perentorio lo hemos sentido ya, en parte al menos. Nuestro examen de la antigüedad nos ha revelado la degradacion profunda de la sociedad doméstica hasta el nacimiento del Cristianismo, y la impotencia absoluta de todas las fuerzas humanas para arrancarla del abismo. La historia moderna nos ha mostrado el Cristianismo tomando á la familia de la mano y elevándola á un grado de perfeccion que recuerda los venturosos dias de la primitiva inocencia. Para completar nuestro trabajo, fáltanos demostrar lo que es hoy aun la sociedad doméstica en todos los pueblos del globo, que no han sentido la accion reparadora de la fe; mas tarde verémos en lo que se convierte en aquellas naciones, en que, ingratas, la Religion pierde su influencia.

Mientras que Europa, rica en gracia y en luz, avanzaba regularmente hácia el término señalado por el Cristianismo á la humanidad viajera, habia allá, á la otra parte de los mares, innumerables naciones, que no habiendo visto alumbrar el sol de la justicia, yacian envueltas en las espesas sombras de la barbarie y la muerte. En ellas, la familia se presenta tal como la hemos visto en el siglo de Augusto, degradada por el despotismo y el sensualismo. Descúbrese por fin ese mundo nuevo. Parece que la Providencia lo tenia guardado para dar á los pueblos de Europa una doble leccion: «Mirad, les decia revelándoles esa horrible degradacion de la naturaleza humana, hé aquí lo que fuisteis, hijos de los francos, de los godos y de los sajones; si no lo sois aun, dad gracias al Cristianismo; sin él lo seriais todavía.» ¡Qué mas propio que ese elocuente espectáculo para despertar en el corazón de la vieja Europa un vivo y profundo sentimiento de reconocimiento por la antigua fe, principio de su fuerza y de su gloria!

La Providencia no solo queria justificarse por el descubrimiento

del Nuevo Mundo en esa época decisiva, sino tambien glorificar solemnemente su Iglesia, confundiendo sus enemigos y sus cobardes hijos que fuesen bastante ingratos para abandonarla. Pronto se oirá un grito de orgullo, signo infalible de rebelion: «La Iglesia romana ha caducado; ella no es ya sino una prostituta que emponzoña las naciones en la copa del error. Pueblos de Europa, apresuraos á renegarla; sacudid el yugo de su autoridad, y seréis cual otros dioses.» Y se verá Alemania, Inglaterra, y una parte de la Francia y de los pueblos del Norte, levantar el estandarte de la revolucion, engañadas por esa voz que perdió á los padres del género humano. Pero se verá tambien pasar á otros pueblos la llama de la fe. Dios que vela sobre su Iglesia hará oír su potente voz. La hija del cielo ganará por una parte lo que pierda por otra. La que se acusaba de infidelidad, se mostrará siempre la depositaria exclusiva de la palabra que vivifica las naciones; aquella cuya muerte se proclamaba, tendrá, como en los dias de su juventud, sangre generosa para derramar, de la cual nacerán pueblos cristianos desde Oriente á Occidente.

Tal es el punto de vista providencial bajo el que se presenta el descubrimiento de América á fines del siglo XV. Aprovechémosnos de esta gran leccion; y, haciendo vela con los navegantes españoles, veamos en qué profundo abismo yacia la familia americana. Sigamos los pasos de Hernan Cortés, y abordemos la América septentrional: nos hallamos en Méjico.

Entre los soberbios restos de antiguos monumentos, restos imponentes de una civilizacion material en otro tiempo avanzada, vivia un pueblo dotado de las mas bellas cualidades físicas é intelectuales; pero el hediondo cáncer que corroe á la humanidad caída llamaba la bienhechora mano del celeste Médico: el mal moral se presenta aquí en toda su fealdad: el reino de Motezuma es todo una llaga.

Como en Roma y todos los pueblos no regenerados por el Evangelio, el padre, propietario despótico de la familia, llevaba una espada á manera de cetro. El hijo que le faltaba al respeto era estrangulado sin piedad<sup>1</sup>. Estaba invertido toda especie de orden en las relaciones domésticas. La herencia no pasaba á los hijos,

<sup>1</sup> Herrera, pág. 20.

sino á los hermanos del padre. En otra parte era el hijo primogénito quien heredaba al padre. El marido era tan déspota como el padre. No solo permitian las leyes la poligamia ilimitada, sino que exhortaban á los ricos á ella. Los solos grados de parentesco en que estaba prohibido el matrimonio, eran los de madre, hermana, tia y suegra. El concubinaje, el repudio, el divorcio, y hasta la promiscuidad y el polivirato, eran entre ciertos pueblos de uso comun y público <sup>1</sup>. Todos estos desórdenes, que recaian sobre todo en la mujer, no dejaban de ocasionarla nuevos sinsabores. Así, convicta de infidelidad, la esposa era muerta en el acto, hecha pedazos, y comida por los testigos <sup>2</sup>.

En la Luisiana, entre los Natchez, se violaban tambien las mas santas leyes de la humanidad. «El jefe y la mujer-jefe tenian cierto número de personas á sus órdenes: en el país se las llamaba *«adictos»*. Esas personas acompañaban siempre al jefe ó á la mujer-jefe: eran mantenidas á sus expensas; velaban noche y dia por su seguridad, y participaban de su fortuna y sus reveses. El mayor de ellos, era la muerte de aquel ó aquella á quien estaba unida su vida; porque cuando morian estos, debian tambien morir ellos. Mientras que el cuerpo del difunto ó la difunta estaba expuesto en una piedra que habia en la entrada del templo, se ataba al cuello de esas víctimas una larga cuerda cogida por los que debian estrangularlas. En ese estado, empezaban una especie de canto y danza, despues de lo cual se les estrangulaba, y se veía aun á esos infelices procurar guardar la armonía y el compás hasta el último suspiro.

«Había una costumbre parecida en la isla Española<sup>3</sup>. Oviedo <sup>4</sup> dice que á la muerte de los caciques se enterraban con ellos una ó varias personas de ambos sexos, y particularmente muchas mujeres vivas, las cuales tenian á honra esa muerte y creían que le acompañarian á la morada del sol. Lopez de Gomera <sup>5</sup> afirma lo mismo, y Pedro Mártir lo corrobora en estos términos: «Habiendo muerto el cacique Behucio, su hermana Anacaona quiso

<sup>1</sup> Id. Décad. 2, lib. VI, c. 17; Décad. 3, lib. IV, c. 9; Gomara, lib. II, c. 83.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> *Costumbres de los salvajes*, etc. t. II, pág. 410.

<sup>4</sup> *Histor. de las Indias*, lib. V, c. 3.

<sup>5</sup> *Hist. gener. de los indios*, lib. I, c. 28.

«hacer enterrar con él á varias mujeres vivas. Pero hallándose allí algunos religiosos de la Orden de san Francisco, rogaron con tanto afán, que se contentó con hacer enterrar solo una, que quiso obtener esta preferencia sobre las otras. Se adornó con sus mas preciosas galas, é hizo poner en el sepulcro, antes de que se la encerrase en él, un vaso de agua, un pan de maíz, y otro de «Cassava <sup>1</sup>.»

Igual opresion pesa aun sobre las mujeres en las tribus salvajes no regeneradas: son literalmente esclavas. En los Kants, pueblo numeroso del Oregon, solo las mujeres se entregan al trabajo propiamente dicho. Esas pobres salvajes trabajan sin cesar, y colocan á sus hijos en una especie de planta de hojas bastante largas para preservar sus delicados miembros de ser heridos por los objetos que les rodean. En el interior de su habitacion ponen ese mueble que no llamaré cuna, y cuando viajan lo llevan á sus espaldas.

Los hombres se encargan de las fatigas de la caza, y de los peligros de la guerra; pero fuera de esto, en sus tiendas, ¿en qué pasan el tiempo? En comer y beber; despues de lo cual juegan, duermen, fuman, escuchan ó cuentan grandes acciones, se arrancan la barba y las cejas <sup>2</sup>.

Si tal era y es aun la suerte de la mujer, ¿qué no debia ser la del hijo! Los pueblos voluptuosos fueron siempre crueles. En la provincia de *Teutilan* se tenia la horrible costumbre de desollar las víctimas humanas y vestirse con su piel. En las de *Uzila* y de *Atlantlaca* cuando faltaban esclavos para los sacrificios, el cacique tenia derecho de escoger las víctimas entre sus súbditos. Los *mazateques* celebraban una fiesta que costaba mucha sangre á su propia nacion. Algunos dias antes de ella, los sacerdotes tocaban sus instrumentos en lo alto del templo, para advertir á las gentes que se retirasen á sus casas. Luego salian al campo á coger cuantos podian alcanzar. Desde la mañana al mediodia, cuantos caian en su poder eran sellados en la cabeza para servir de víctimas en el sacrificio <sup>3</sup>.

Puédese calcular por esto, qué prodigioso número de niños de-

<sup>1</sup> P. Martyr. Decad. 3, lib. IX.

<sup>2</sup> *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 88, pág. 269.

<sup>3</sup> Herrera, Décad. 2, c. 16 y sig.

bia destruir esta bárbara superstición. No contentos con todo en envolver en una carnicería general á la edad de la debilidad y de la inocencia, los *tuatecos* los escogían exclusivamente por víctimas. Lo mismo se practicaba en la *Florida*. Persuadidos los salvajes de este país de que su jefe era hijo del sol, le tributaban honores divinos, y le ofrecían en sacrificio sus primogénitos. Un francés testigo de esa espantosa ceremonia, nos ha dejado la siguiente descripción: «El día de la solemnidad, dice, el príncipe se traslada al lugar destinado para el sacrificio, y se sienta en un banco que hace las veces de trono. En medio de la plaza hay una gran piedra ante la cual viene á colocarse la madre del niño que ha de ser inmolado, sentada sobre sus piernas, cubriéndose el rostro con las manos, y deplorando la suerte de esa infortunada víctima. Una de las mujeres mas notables entre las parientas ó amigas de esta infortunada madre toma el niño y lo presenta al rey. Las otras mujeres comienzan entonces una danza circular, en el centro de la cual baila la que tiene el niño, cantando alguna canción en honra del príncipe. Durante esta danza religiosa, seis indios escogidos se sitúan en un ángulo de la plaza, y en medio de ellos el sacrificador magníficamente vestido y armado de una gran maza; despues de la danza y demás ceremonias de costumbre en tales ocasiones, el sacrificador coge el niño, y va á colocarle sobre la piedra <sup>1</sup>.»

Lo que se verificaba dos siglos há entre las hordas salvajes, se verifica aun hoy en las tribus americanas que no conocen el Evangelio. No se pueden oír sin horror las circunstancias que acompañaron el sacrificio de una jóven llamada *Scioussé* en el año 1837.

Era en la época de la siembra, y con objeto de obtener una buena cosecha. Esa niña de catorce años de edad, despues de haber sido halagada seis meses con la idea de que se le preparaba una fiesta para la vuelta de la primavera, alegrábase al ver que se concluía el invierno. Habiendo llegado el día señalado para la pretendida ovación, se la vistió con sus mas preciosas galas, y se la colocó entre guerreros que no parecían escoltarla sino como guardia de honor. Cada uno de esos salvajes, además de sus armas que tenia cuidadosamente ocultas, llevaba dos juguetes de madera, recibidos como prenda de amistad de manos de la vícti-

<sup>1</sup> *Costumbres de los salvajes*, t. I, pág. 181.

ma. Creyendo esta marchar á una fiesta, y no teniendo en su imaginación mas que ideas alegres, se adelantaba hácia el lugar de su sacrificio con la mayor seguridad, y llena de esa mezcla de timidez y de alegría tan natural en una niña á la que tantos homenajes se tributan. Durante la marcha, que fue algo larga, solo se interrumpía el silencio por cánticos religiosos y reiteradas invocaciones al Señor de la vida, preludios severos que no debían por cierto contribuir á mantenerla en la lisonjera esperanza en que hasta entonces se la habia mecido. Llegado que hubo al término fatal, donde no pudo ver mas que fuegos, antorchas, é instrumentos de muerte, ¿cuál no fue su sorpresa? Y ¿quién seria capaz de pintar su horrible pena, cuando no le fue posible hacerse ilusión alguna sobre su suerte? Torrentes de lágrimas corrían de sus ojos, su corazón se exhalaba en lamentables gritos, elevaba sus manos al cielo, rogaba, conjuraba á sus verdugos á que tuviesen piedad de su inocencia, de su juventud, de sus padres; pero en vano: ni la mediación de un blanco que allí se hallaba, ni sus amenazas, ni sus ofrecimientos, nada fue capaz de conmover á los bárbaros.

Á pesar de la resistencia de la jóven, la atan sin piedad á las ramas de dos árboles, y la queman diversas partes del cuerpo. Despues que su suplicio hubo durado tanto como el fanatismo pudo permitirlo á corazones feroces, ávidos de gozar de tan horrible espectáculo, el gran sacrificador le disparó una flecha al corazón, que fue al instante seguida de otras mil flechas, las que despues de haber sido por largo tiempo hundidas y rehundidas en sus heridas, fueron arrancadas de modo que su cuerpo presentaba solo un espantoso monton de carne muerta, de la cual corría sangre por todas partes. Cuando hubo cesado de correr, el gran jefe, para coronar dignamente tanta atrocidad, se acercó á la víctima, la arrancó el corazón palpitante aun, se lo llevó á la boca, y lo devoró entre aclamaciones y aplausos de los guerreros, de las mujeres y de los niños de la tribu. Despues de haber dejado el cuerpo para presa de las bestias feroces, y de haber derramado la sangre sobre las semillas para fecundarlas, se retiraron todos á sus casas, contentos de sí propios y llenos de esperanza en una buena cosecha <sup>2</sup>.

<sup>2</sup> *Anales de la Propagación de la Fe*, n. 89, pág. 277 y sig.

Los que tenían la fortuna de que se les respetase su vida, eran sometidos de ordinario á las mas crueles pruebas. Hablando de los americanos del Norte, el capitán Smith se expresa en estos términos: «Tienen sus iniciaciones para la juventud. Hé aquí «de qué suerte las practicaron ante nosotros. Pintaron de blanco «quince jóvenes de los mejor formados que no pasaban de doce «á quince años. Despues de haberlos llevado fuera, el pueblo pasó «toda la mañana en cantar y bailar en torno suyo. Al mediodía los «colocaron debajo de un árbol, y formaron entre ellos doble fila «de gentes armadas de pequeños palos. Entonces se eligieron «cinco hombres que cogiendo de uno en uno á esos jóvenes, los «pasaron por entre los otros, á cuyo paso recibieron una lluvia «de palos. Durante este cruel ejercicio, las pobres madres lloraban, y preparaban pieles, hojas, musgo, y madera seca para los «funerales de sus hijos. Despues que esos niños hubieron recibido «los palos, se derribó con furia el árbol, se hizo trozos, se arreglaron guirnaldas para coronarles, y se adornaron con ellas sus «cabellos. Despues se echó á todos esos niños á un valle, como «si fuesen muertos, y se celebró un gran festin para toda la tribu.

«Interrogado el adivino sobre el objeto de ese sacrificio, contestó que los niños no eran muertos; pero que Okeo, ó el diablo, chupaba la sangre de los que le caian en suerte, hasta que muriesen; que los cinco hombres guardaban á los otros en el desierto por el espacio de nueve meses; que durante este tiempo no podian hablar con nadie, y que de entre ese número sacaban sus sacerdotes ó adivinos... Las jóvenes eran sometidas á pruebas no menos crueles<sup>1</sup>.»

El odioso tirano que reina sobre la raza humana en todos los puntos de donde no ha sido ahuyentado por el Cristianismo, se complacia en inspirar á esos desventurados salvajes una multitud de prácticas igualmente ridículas que sanguinarias. El corazón se estremece al leer las pruebas por que los jóvenes debian pasar para ser recibidos entre los guerreros ó entre los capitanes. Durante seis semanas, el pretendiente dormia en una cama colgada, sin tomar mas alimento que el necesario para no morir. Se le rasgaba todo el cuerpo con un diente de Acouti, y para cicatrizar las llagas, se las lavaba con una infusion de pimienta: cada dia recibia

<sup>1</sup> *Costumbres de los salvajes*, t. I, pág. 283-293.

de cada capitán una flagelación que le arrancaba copiosa sangre. Durante esta cruel prueba no debía menear la cabeza ni dar la menor muestra de dolor. Á este tratamiento, repetido por espacio de seis semanas, seguia otro. Reunian junto al lecho del paciente una cantidad de yerbas muy aromáticas y picantes á las que pegaban fuego, de modo que no pudiese quemar la víctima. Unido el humo de las yerbas al calor del fuego, le hacian sufrir crueles dolores: el desgraciado estaba medio loco en su cama, y era acometido de tales espasmos que parecia muerto. Cuando le veian en ese estado, recurrían á un extraño medio para hacerle volver en sí. Le hacian un collar y un cinto de palma llena de gruesas hormigas negras, de las cuales un solo mordisco causa mas de veinte y cuatro horas de calentura á los europeos. Despues de esta última prueba, se hacia sufrir una cruel flagelación á todos los miembros de su familia. Si el desgraciado resistía á tanto sufrimiento, era proclamado guerrero ó capitán<sup>1</sup>.

¿Qué decir de las relaciones de fraternidad y de piedad filial en naciones cuyos miembros ejercian riendo, unos con otros, crueldades semejantes? El derecho del mas fuerte era la regla suprema de la justicia y de los deberes. Si el hermano deshonraba á su hermano con alguna accion indigna, no tardaban en convertirse en sus jueces y verdugos los de la misma cabaña. Se les suponía el derecho de vida y muerte entre sí, y la tribu no tomaba interés alguno en el crimen que se habia cometido. Se presumia que el que habia sido muerto lo habia sido legítimamente; que de nadie debia ser mas querido que del matador, y que por consiguiente este no habia llegado á tal extremo sino por razones legítimas acerca de las cuales nada tenían que ver los extraños. Si habia en ello alguna falta punible, era la familia la que debia juzgarlo<sup>2</sup>.

«El derecho de vida y muerte, añade el P. Lafiteau, que los «de una misma cabaña se arrogaban unos sobre otros, es aun mas «sensible en la costumbre que tenían de matar á los ancianos, cuando la edad les hacia de todo punto inútiles. Esta costumbre era, «dicen, una ley general entre algunos pueblos de América; y una «de nuestras últimas relaciones asegura haber una nacion donde «no se permite á las mujeres pasar de treinta años. Entre los sal-

<sup>1</sup> *Costumbres de los salvajes*, t. I, pág. 300 y sig.

<sup>2</sup> *Ibid.* pág. 487.

«vajes que conocemos, se observa la misma costumbre, bien que de una manera menos general. Sufren impacientemente que los ancianos vayan de cabaña en cabaña bajo pretexto de visitar amigos, á buscar de qué comer, como si careciesen de ello en la suya, lo que no deja de ser con frecuencia verdad. En este caso no reparan en matarlos, porque segun dicen, no hacen mas que sufrir ellos é incomodar á los demás.

«Los *algonquines* y otras naciones errantes están mucho mas sujetos á esta inhumanidad, porque estando cuási siempre de viaje y reducidos con frecuencia al hambre, es mucho mas notable y pesada la incomodidad de los ancianos. Estos desventurados son con frecuencia los primeros en decir al que los lleva: «Hijo mio, te molesto mucho y para nada sirvo, ábreme la cabeza.» No siempre se les atiende; pero sucede á veces que fatigado el joven de cansancio y hambre, responde friamente: «Tienes razon, abuelo;» toma su hacha, y abre la cabeza al anciano <sup>1</sup>.»

La misma barbarie deshonorá las tribus septentrionales. «Mientras que me hallaba en una cita, escribe el P. Smet, los *Serpientes* se preparaban á una expedicion contra los *Pies negros*. Hé aquí cómo anuncia un jefe á los jóvenes guerreros su intento de llevar la guerra á las tierras del enemigo. La vispera de la partida, baila el baile de despedida delante de cada cabaña; en todas partes recibe tabaco ó cualquiera otro regalo. Sus amigos le desean grandes triunfos, cabelleras, caballos y pronta vuelta. Si trae mujeres prisioneras, las entrega á las esposas, á las madres, á las hermanas de los soldados, que las reciben á hachazos y cuchilladas, despues de haberlas ultrajado de la manera mas insolente; y exclaman estas furias, ¡ojalá pudiésemos devorar el corazon de tus hijos, y bañarnos en la sangre de tu nacion!

«Á la muerte de algun jefe ó de algun guerrero renombrado por su bravura, sus mujeres, sus hijos y sus parientes se cortan los cabellos: este es el gran luto de los salvajes. La pérdida de un amigo pareceria débilmente sentida si no arrancaba mas que lágrimas á su familia; es preciso que se llore con sangre. Cuanto mas profundas son las heridas, mayor es la prueba de la sinceridad del dolor. Un gran dolor, dicen, solo puede desvanecerse con grandes heridas. Yo no sé cómo conciliar este sentimiento

<sup>1</sup> *Costumbres de los salvajes*, t. I, pág. 489 y sig.

«por los que no existen con su proceder para con los vivos: creeríais que estos hombres tan afligidos en el luto, abandonen desapiadadamente á las fieras los ancianos, los enfermos y todos aquellos cuya existencia les seria una carga <sup>1</sup>.»

No nos parece difícil la explicacion de este enigma. Se llora al guerrero porque era la gloria y el sosten de la cabaña; se abandona sin piedad al niño, al anciano y al enfermo, porque son inútiles. El egoísmo, triste móvil de la humanidad caída, inspira esta doble conducta. Vamos á verlo de nuevo en una de esas numerosas y humillantes ó crueles manifestaciones.

«Personas dignas de fe me han asegurado, prosigue el mismo misionero, que los *sampatches*, á falta de otros alimentos comen los cadáveres de sus parientes, y á veces tambien los de sus hijos. Son tan tímidos que apenas se puede acercárseles. La presencia de un extranjero es para ellos motivo de alarma; señales convenientes esparcen al punto la noticia. Entonces corren á ocultarse en sus cuevas, y en un instante ha desaparecido como una sombra ese miserable pueblo. Algunas veces se arriesgan á salir de sus albergues, y van á ofrecer á los blancos sus hijos recién nacidos, que cambian por bagatelas. Los españoles de California se llevan todos los años algunos de ellos que hallan escondidos entre las rocas, mientras que sus padres están buscando yerbas y raíces. Es una felicidad para ellos caer en sus manos; se les trata con humanidad, se les instruye en las verdades de la fe, y se les devuelve la libertad cuando llegan á cierta edad. Yo he tenido el consuelo de bautizar algunos de esos infortunados, que me han contado las circunstancias que acabo de referir <sup>2</sup>.»

Reasumiendo esta historia doméstica de la América septentrional, veis en ella la familia profundamente degradada en su constitucion, en cada uno de sus miembros, y en las relaciones que les unen. ¡Ay! Este es el fondo del cuadro que presentan todos los puntos del globo no iluminados por la fe: solo la forma varia segun los tiempos y los climas. En este doble hecho hallaréis, de una parte, la prueba de la degradacion universal de la humanidad; de otra, la triste conviccion de que puede el hombre añadir heridas á sus heridas, pero curarse, jamás.

<sup>1</sup> *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 80, pág. 46, 47.

<sup>2</sup> *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 80, pág. 49, 50.